

Magia y ritual en *Pobre negro* de Rómulo Gallegos

TOMÁS BERNAL ALANÍS | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO
SAMUEL RICO MEDINA | INVESTIGADOR INDEPENDIENTE

Resumen

La magia y el ritual juegan un papel muy importante en la cultura de la población de origen africano, cuya fuerza social fue decisiva en la formación histórica de Venezuela a partir del contexto de su independencia y del proceso azaroso de su identidad nacional. El arco temporal de la novela *Pobre negro* tiene por límites los años que van de 1812 a 1858; ambas fechas corresponden a dos etapas de la guerra, la primera por la Independencia, y la segunda, a la prolongada guerra civil. El ritual de los tambores marca el inicio de los momentos culminantes de la novela; la problemática del negro esclavo y su emancipación son el eje de esta historia.

Abstract

Magic and ritual play a very important role in the culture of the population of African origin, whose social power was decisive in the historical formation of Venezuela from the context of its independence and the random process of its national identity. The time span of the novel *black poor* has limits the years ranging from 1812-1858, both dates correspond to two stages of the war, the first for independence; and the second, to the prolonged civil war. The ritual of the drums marks the beginning of the highlights of the novel; the problems of the black slave and emancipation are the backbone of this story.

Palabras clave: magia, ritual, Mandinga, sincretismo religioso.

Key words: magic, ritual, Mandinga, religious syncretism.

Para citar este artículo: Bernal Alanís, Tomás y Samuel Rico Medina, “Magia y ritual en *Pobre negro* de Rómulo Gallegos”, en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 49, semestre II de 2017, UAM-Azcapotzalco, pp. 95-111.

Presentación

A pesar de que aún persiste la polémica sobre la utilidad de la literatura como fuente del conocimiento de la historia, no cabe duda que aquella resulta imprescindible para la reconstrucción histórica de una sociedad. El aporte literario, aunque en sí mismo es un testimonio y goce estético, se constituye en el espíritu de una época, y por ello es de gran valor para todo ser humano.¹ La diversidad humana, escribe el poeta Joseph Brodsky, constituye el material básico de la literatura y su razón de ser. Ello se explica “porque la literatura no es sino un diccionario, un compendio de significados para distintas circunstancias y las experiencias humanas. Es un diccionario de la lengua en que la vida le habla al ser humano”².

Con respecto al lenguaje literario, dice Alberto Manguel que éste es para Alfred Döblin, algo vivo que “no da cuenta” de nuestro pasado sino que lo “representa”. Dicho lenguaje, escribió, “obliga a la realidad a manifestarse, escudriña sus profundidades y presenta las situaciones fundamentales, grandes y pequeñas, de la condición humana”³. La novela *Pobre negro* cumple cabalmente con estos preceptos, es una representación literaria, en este caso de la historia de los negros y mulatos esclavizados, cuya cultura permea su relación con los amos. La historia no es solamente contexto o telón de fondo, sino que es parte fundamental de la narrativa del escritor Rómulo Gallegos.⁴

En el presente artículo comenzaremos con una obligada semblanza del autor, lo más destacado de su vida y de su obra, para proseguir con un breve señalamiento de los principales puntos de vista de los estudiosos de la antropología e historia de la ciencia. Cerraremos con una visión analítica de la magia y el ritual en la obra que nos ocupa.

¹ Enrique Canudas, “Historia y Literatura: faro de sabiduría”, p. 140.

² Joseph Brodsky, *Del dolor y la razón*, pp. 29 y 36.

³ Alberto Manguel, *La ciudad de las palabras*, p. 22.

⁴ Anota Grass: “Cuántas cosas pueden crearse teniendo imaginación. Nuevas perspectivas, constataciones, estructuras, aspectos, acentos; nada de todo ello existió jamás”, en *Ensayos sobre literatura*, 2014, p. 11. El elemento valioso de la creación literaria se encierra en dicha cita.

Semblanza del autor

Rómulo Gallegos nació en 1884 y murió en 1969 en la ciudad de Caracas, Venezuela. Hijo de humildes provincianos, hizo sus primeros estudios en el colegio Sucre. Cuando apenas contaba con doce años murió su madre. Ante tal fatalidad decidió ingresar al seminario, a lo cual se opuso su padre, quien le aconsejó que debía esperarse a su mayoría de edad para tomar una mejor decisión. Por su precaria situación hubo de costearse sus estudios de bachillerato con su trabajo de maestro de escuela primaria. En 1905 se graduó como bachiller e ingresó a la Universidad Central en la carrera de Derecho, la cual no pudo continuar por falta de recursos.⁵

Sus inquietudes políticas se manifestaron en el momento en que Juan Vicente Gómez derrocó a Cipriano Castro, pues llegó a concebir esta coyuntura como la oportunidad de su país para la construcción de un régimen democrático. Así, en 1909, él y un grupo de jóvenes hicieron la revista *La Alborada*, que debido a la censura tuvo corta vida, ya que tenía por objeto el combate a la dictadura y al caudillismo, el orden legal y el reforzamiento de la identidad nacional. En 1912 ocurren dos acontecimientos que marcarían su vida, contrae matrimonio con Teotiste Arocha y dos meses después fallece su padre. Su trayectoria como escritor inició en 1913 con *Los aventureros*, una recopilación de varios cuentos.⁶

⁵ Luz Fernández de Alba, "Prólogo a *Doña Bárbara*", p. 15.

⁶ *Ibid.*, pp. 16-17.

En 1927 emprende un viaje a los llanos e, impresionado por las lamentables condiciones sociales de dicha región, escribe *La Coronela*, donde ya se bosquejaba la novela *Doña Bárbara*, que fue publicada en 1929, cuya primera edición fue impresa en Barcelona por Araluce, lo que le abre las puertas de la fama.⁷

Por su popularidad como novelista fue designado senador por Juan Vicente Gómez; decepcionado de su gobierno renuncia al cargo y se exilia en Nueva York. En 1932 emigra a España. Durante su exilio español (1932-1935) escribe sus novelas *Cantaclaro* (1934), *Canaima* (1935) y gran parte de *Pobre negro*⁸, la cual fue publicada más tarde, en 1937.

Al morir Gómez en 1935, luego de una larga tiranía de 27 años, regresa a Venezuela. Llegó a ser ministro de Educación en 1936, cuando intentó llevar a cabo una profunda reforma educativa, pero fue frenado por congresistas partidarios de Juan Vicente Gómez; luego fue diputado, concejal y alcalde de Caracas. Como candidato presidencial en 1941 por el Partido Democrático Nacional que dirigía Rómulo Betancourt, resultó derrotado en las elecciones.

Posteriormente, pasó a dirigir el Partido Acción Democrática, bajo cuya bandera ganó las elecciones por una gran mayoría de votos en 1947. Duró sólo un año en el poder, ya que fue derrocado por un golpe

⁷ *Ibid.*, p.18.

⁸ Usamos para este artículo la edición mexicana de Aguilar de 1976 de la colección crisol literario. A partir de este momento, citaremos sólo la página entre paréntesis.

militar. Salió a La Habana y de ahí se trasladó en 1949 a México.

Cuando se establece en nuestro país, que para entonces era una potencia cinematográfica, directores mexicanos de esta época dorada ya habían llevado al cine sus novelas: *Doña Bárbara*, en 1943, dirigida por Fernando de Fuentes y protagonizada por María Félix y Julián Soler; *La trepadora*, en 1944, con María Elena Márquez y dirigida por Gilberto Martínez Solares, y *Canaima*, en 1945, estelarizada por Jorge Negrete y Gloria Marín dirigidos por Juan Bustillo Oro. Ese mismo año, se estrena también *Cantaclaro* con Antonio Badú y Esther Fernández, bajo la dirección de Julio Bracho.⁹ Incluso, el propio Gallegos participó en la adaptación del argumento cinematográfico de *Doña Bárbara*, la cual se rodó en el puerto de Veracruz.

En 1950, durante su exilio en la Ciudad de México, murió su esposa, con quien estuvo casado por 38 años. De 1952 a 1955 vivió en Morelia, donde escribió *La brizna de paja en el viento*. En la Ciudad de México publicó *La doncella y el último patriota* en 1957. Retornó a su país en 1958, tras el derrocamiento de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. El reconocido escritor murió el 5 de abril de 1969 en Caracas, a los 84 años de edad.¹⁰

⁹ Humberto Musacchio, *Diccionario enciclopédico de México*, p. 683.

¹⁰ Luz Fernández de Alba, *op.cit.*, p. 18.

Sobre magia y ritual

A partir de las sociedades primitivas se atribuyeron poderes a ciertas personas, animales u objetos que desde entonces se consideran sagrados; objetos que tenían un *maná*, potencia o virtud latente, por lo que se convertían en talismanes, amuletos o fetiches.¹¹ Según José Babini, el hombre primitivo dotó al mundo de “una especie de conciencia viva”, poblada de seres malignos y benignos, así como de fuerzas invisibles que provocaban aflicciones, enfermedades, plagas y calamidades. De ahí, una serie de prácticas “mágicas”, mediante las cuales el hombre trató de manejar aquellas fuerzas sobrenaturales, asegurando la protección de los buenos espíritus y su defensa de los malos. Dichas prácticas se vincularon con objetos materiales –fetiches, amuletos o talismanes–, así como con prohibiciones, tabúes, y con seres humanos dotados de ciertos atributos: adivinos, magos, hechiceros.¹²

Para Ernest Becker, la invención y la práctica del rito constituye una técnica para lograr la renovación de la vida y evitar el mal. El rito es un medio para producir vida. El hombre primitivo imaginaba que podía transferir la vida de una cosa a otra en beneficio de su comunidad. En la actualidad, es difícil entender este ceremonial porque “no sabemos lo que es participar en una danza, en un cántico, en un hechizo, en una dramatización comunal de las fuerzas de la natura-

¹¹ John Bernal, *La ciencia en la historia*, p. 94.

¹² José Babini, *El saber en la historia*, p. 9.

leza, al menos que pertenezcamos a una comunidad religiosa”¹³.

El destacado antropólogo inglés Max Gluckman en sus elogiosos comentarios al libro de Evans-Pritchard, *Brujería, oráculos y magia entre los Azande*, señala que aunque la investigación se basa en Sudán, la argumentación general es aplicable a todas las tribus africanas que creen en esos fenómenos.

No hay prueba contundente de que existan diferencias notables en los cerebros de distintas razas, lo que cuenta es su historia y sus contactos con otras culturas. El tipo de sociedad se define en función de sus factores sociales y sus mentalidades. El africano ha nacido en una sociedad que cree en la brujería y su pensamiento, desde su infancia, se compone de ideas mágicas y místicas. No se culpa a la providencia ni a la mala suerte de una desgracia, ésta se explica por la brujería, por la acción de un brujo o hechicero. Se considera racional y lógica la enfermedad o la ruina, pero es, al mismo tiempo, una prueba irrefutable de que un brujo está actuando con mala intención. Concluye Gluckman con que las acusaciones de brujería solamente pueden existir en una sociedad primitiva y, en pequeña escala, en las que las relaciones son muy profundas.¹⁴

Lo anterior se esclarece desde el punto de vista sociológico. En *Las formas elementales de la vida religiosa*, Emile Durkheim señala los rituales de aborígenes australia-

nos en donde se llega a una especie de *efervescencia colectiva*:

...Una vez que se han reunido, su congregación genera una suerte de electricidad que pronto los transporta a un nivel de exaltación extraordinaria. Esta emoción ritual compartida brinda de ese modo identidad al grupo¹⁵.

El pensamiento de los “salvajes” no es tan primitivo ni tan burdo, tiene su propia complejidad, al igual que el de cualquier otra sociedad. Clifford Geertz está de acuerdo con Claude Lévi-Strauss cuando observa en su *La pensée sauvage* (El pensamiento salvaje) que la explicación científica no consiste en la reducción de lo complejo a lo simple, antes bien, sustituye una complejidad más inteligible por una complejidad que lo es menos.¹⁶ De tal modo que el consabido atraso que Occidente atribuye a los países “subdesarrollados” es resultado de un prejuicio relativo.

Magia y ritual en *Pobre negro*

Habían transcurrido ocho años de su consagración con *Doña Bárbara* cuando Gallegos publicó *Pobre negro* en 1937. En esta obra magistral se observa un cambio en la manera de abordar la problemática de las mentalidades religiosas por parte de nuestro autor: se visualiza con mayor sensibilidad y complejidad la cultura de origen africano,

¹³ Ernest Becker, *La lucha contra el mal*, pp. 25 y 37.

¹⁴ Max Gluckman, “La lógica de la ciencia y la brujería africanas”.

¹⁵ Citado por Randall Collins, *Cadenas de rituales de interacción*, p. 57.

¹⁶ Clifford Geertz, “El impacto del concepto de la cultura en el concepto del hombre”, p. 61.

misma que se remonta a la primera mitad del siglo XIX.

En *Doña Bárbara*, Gallegos considera tajantemente a las supersticiones y a la brujería como un pesado lastre para el desarrollo de su país. Según Luz Fernández de Alba, el abusivo poder que ejercían los terratenientes y caciques sobre el campesinado del llano venezolano, que aun creía en la brujería —en las pociones que debilitan la voluntad y en otros ritos mágicos—, era interpretado por muchos como producto de la misma brujería. Todo esto cobra vida en la novela *Doña Bárbara*, quien representa a la “Barbarie”¹⁷, un obstáculo para el camino de la modernidad, basado en la ciencia y la tecnología. De hecho, el mismo *Mandinga* ayuda a Doña Bárbara, “la Cacica del Arauca”, quien afirma que aquel es su “socio”, es decir, su familiar que le otorga ocultos poderes.¹⁸

El contexto histórico de *Pobre negro* va de la guerra de Independencia, 1812 a los inicios de la guerra civil de 1858. Los personajes principales son el mulato Negro Malo, Ana Julia Alcorta, blanca aristócrata, de la primera generación, el mulato Pedro Miguel, hijo de dicha pareja, y Luisana Alcorta sobrina de aquella. La magia ocurre cuando Negro Malo escapa una noche en vísperas de San Juan, “noche de embrujamientos” en que se les prohibió la danza, y cuando deambulaba por la Casa Grande, se encuentra con la mantuana Ana Julia en actitud encantada. De aquí surgirá la leyenda del romance de La Blanca y el Negro Malo.

¹⁷ Cfr. Luz Fernández de Alba, *op.cit.*, p. 13.

¹⁸ Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*, p. 100.

La historia inicia con el ritual de los tambores:

...en las sentinas de los barcos negreros, vino el tambor africano: tambor de San Juan, tambor de San Pedro, tambor de la virgen de la Coromoto. Allá se quedaron las divinidades bárbaras, pero el alma pagana aquí también celebra con danzas sensuales las vísperas santificadas... Por las minas de Buria y de Aroa, donde el negro abrió el socavón; por Barlovento y la Costa de Maya, donde el negro sembró el cacao; por los valles de Aragua y del Tuy, donde el negro plantó la caña, bajo el látigo de los capataces. (17)¹⁹

El negro esclavo “cristianizado” acostumbraba llevar:

¹⁹ Cabe aquí aprovechar el autorizado punto de vista de Gilberto Freyre, ya que es posible parangonar el sincretismo religioso venezolano con el fenómeno del Brasil:

En la cristianización del aborígen por medio de la música, del canto, de la liturgia, de las procesiones, fiestas, danzas religiosas, misterios, comedias; de la distribución de verónicas con Agnus Dei, que los indios colgaban al cuello, y de cordones, de cintas y de rosarios; de la adoración de reliquias de la Santa Cruz y de cabezas de las Once mil Vírgenes. Muchos de estos elementos, aunque al servicio de la obra de europeización y de cristianización, impregnados de influencia animistas y fetichista, procedieron quizá de África... porque en los propios Ejercicios Espirituales, parece que [Ignacio de] Loyola los hubiese asimilado de originales africanos: son, por lo menos, productos del mismo clima místico o religioso que las manifestaciones del voluptuoso misticismo árabe. Gilberto Freyre, *Casa grande y Senzala*, pp. 94-95.

El investigador acota más adelante: “...entre los negros —los puros, inmunes de influencia musulmana— eran más frecuentes y fogosas las danzas eróticas que entre amerindios y los portugueses”. *Ibid.*, p. 119.

...al pecho, sobre la franela, terciado el escapulario de la Virgen del Carmen, junto con la mugrienta almohadilla del amuleto donde cada cual lleva un trozo de su propio cordón umbilical disecado, para que lo libre de daños y peligros la madre, viva o muerta, a la que siempre se mantiene unidos (18).

En el año de 1812, terrible por un terremoto y por la cruenta guerra de Independencia, Ana Julia Alcorta vive durante su infancia un episodio traumático que transformará su vida: le tocó observar desde la puerta de su casona de Caracas cuando llevaban a un negro de estatura descomunal con rumbo al patíbulo. Desde entonces sintió aversión a la comida guisada por negras y con todo lo que había pasado por sus manos. Sintió remordimiento por ello:

...vio pecado de soberbia en el amor de su blanca y su limpieza y le pidió a Dios, ardientemente, que le inspirase amor a los negros, que la volviera negra a ella misma, como a Santa Ifigenia (26).

Años después, en un “arrebato místico”, tomó la determinación de recluirse en un convento. Las esclavas domésticas aconsejaban a Don Carlos Alcorta, padre de Ana, que se dejara de “tanto médico y tanto menjurje y se la llevara al brujo del Alto de Macanilla para que la ensalmara”(23). Sus padres, quienes estaban convencidos de que el “embrujo” que padecía su hija se solucionaba con un casamiento conveniente, le propusieron que antes de irse al convento pasara unos días con ellos en su hacienda de cacao.

Aquí ocurre lo insólito. En vísperas de San Juan, una noche de luna llena, cuando el zambo capataz Mindonga humilla y burla a los esclavos al estimularlos a trabajar arduamente para que dejaran limpio el patio para el baile del tambor “donde el negro olvida todas sus penas”(30), y les perdona el rezo del rosario de esa noche (33). No obstante, llegado el momento los manda a su *estera*, es decir, a dormir, en lugar de permitir la fiesta, porque según él “el amo no consiente más tambores en lo suyo”. Los negros protestan a regañadientes, pues les “privan hasta del baile de tambor, que es la única alegría del pobre negro” (34).

Negro Malo juró por la cruz bailar el tambor esa misma noche, “ansina sea Mandinga quien lo ponga en la puerta de sus infiernos”(36). Una vez que los negros se habían recogido en los dormitorios comunes del repartimiento, Negro Malo escuchó el sonido de tambores lejanos. Atraído por el sonido abandonó su estera, llevándose consigo una muda limpia. (37) En su escapatoria escucha el “canto de una pavita”, por lo que “se llevó la diestra al amuleto terciado sobre su pecho, para conjurar el maleficio de las aves agoreras”. Creyó ver:

espantos que se movían entre los árboles, acaso almas en pena de los antiguos esclavos de la finca [...]. Se estremeció y oprimiendo entre su diestra la mugrienta almohadilla donde iban encerradas las virtudes protectoras del trozo de su ombligo y murmuró la plegaria del conjuro [dirigido con fervor a la *madre santa*]. (38)

Así se dió valor para atravesar el “embrujo cacaotal”, cuando descubrió que

estaba en camino de la Casa Grande y que tenía enfrente una sombra blanca. (40) Rezó la Magnífica, por si acaso era un espanto. “Avanzó contra su voluntad, ya bajo el impulso del encantamiento. Sonaba el tambor misterioso en el latir de sus sienes.” (41) Se llevó gran sorpresa cuando identificó que la sombra era La Blanca, Ana Julia, quien gemía de dolor.

Allí estaba ahora, ausente el alma, tendida en medio del camino del esclavo temerario [...] que divina cosa había ocurrido en la vida del tránsfuga, quien sintió que pisaba aire, en vuelo suave. Y así se fundó en la gloria del amener... Un hombre que ya no era negro, que nunca había sido esclavo. (42-43)

Después del encuentro de “ensueño” con la bella Blanca despertó Negro Malo a la realidad de que había traspasado los límites, y tenía que huir de la persecución que en su contra organizó Mindonga, acompañado de los mismos negros de La Fundación y perros de presa. El fugitivo “cogió el monte”, se deslizó entre las breñas de la loma. Nadie en sus cabales arriesgaría la vida lanzándose en aquellos desbarrancaderos. Por ese motivo, cuando el negro Tapipa, a la cabeza de los perseguidores, encuentra tirado el talismán de Negro Malo lo dio por hombre muerto. (44-45)

Cuando regresaron a La Fundación, Mindonga entrega a don Carlos la reliquia que perteneció a Negro Malo, como prueba de la muerte de éste. El señor Alcorta le ordenó que tirase eso. Tapipa interviene a fin de apoderarse del amuleto para pedir permiso para enterrarlo cristianamente, por tra-

tarse de cosa sagrada. De ahí surgió la leyenda de que al Negro Malo se lo llevó el Diablo por haber jurado en vano (46).

Para evitar maledicciones de los mantuanos de Caracas, Ana Julia permaneció encerrada en Casa Grande durante el embarazo y, cuando nació la criatura, su hermano mayor, Fermín, la llevó a El Matajey, un sitio de cañaveral, propiedad de los Alcorta, del que se encargaba un mestizo mediero, José Trinidad Gomárez, casado con la mulata manumisa Eufrasia, para poner al recién nacido bajo su cuidado. (47) Fermín les oculta la verdad sobre quién era la madre y les explica que había traicionado la confianza de su esposa con un desliz vulgar, de cuyo resultado vino al mundo el mulatito. Les suplicó que le guardaran ese secreto. (48) En premio de ese favor recibieron la plena propiedad de El Matajey. (49)

Desde la noche de San Juan “no volvió por completo el Alma de Ana Julia”. Durante su embarazo permaneció sumida en la melancolía.

Así llegó a los trances finales de su vida... La asistió el Licenciado Cecilio Céspedes, cuñado de Fermín... Murió dos días después del parto y en pos de ella la pesadumbre del infortunio se llevó pronto a sus padres. (48-49)

El hijo de Ana Julia Alcorta fue bautizado con el nombre de Pedro Miguel y creció rodeado del cariño de los Gomárez. El niño por su carácter arisco fue apodado Cachorro. Solía visitarlo la negra Nazaria, quien fuera nana de la madre del “repudiaíto”, como le llamaba la negrada, que sabía el trasfondo de los hechos. Nazaria le llevaba

golosinas y le contaba cuentos para sacarlo de su ensimismamiento.

Le contó una leyenda piadosa cuando el niño le preguntó qué era la Luna. Le contestó que era una niña bonita y blanca, quien en una noche oscura se levantó sonámbula de su cama porque escuchó quejidos a lo lejos. Era papá Dios. La niña, que se llamaba Ana Julia, le preguntó qué le pasaba. Él le contestó que el Sol se le había caído al mar y no hallaba el camino para regresar al cielo y le pidió que ella lo alumbrara. Ella le respondió que no llevaba candil ni vela. Dios le dijo que bastaba su blancura para ponerle Luna a la noche. La niña se quedó quieta y, ante la mirada divina, se fue poniendo cada vez más brillante y así se remontó a los cielos. (50-51)

También el negro Tapipa visitaba con frecuencia al niño. Aquél sabía que Negro Malo no había muerto, porque él conservó la reliquia que supuestamente debió enterrar. Le comentó a Eufrasia que el amuleto tenía vida y que aún se escuchaba el latido, “cuando se le arrima al oído”, y que por las montañas de Capaya andaba un negro alzado, justo para donde acostumbraba dirigir la mirada el niño Pedro Miguel. Además, le dio la noticia de que en los corredores de la Casa Grande por las noches se aparecía La Blanca. (52-53)

Sabedor de la verdad, José Trinidad Gómez se presentó ante Fermín Alcorta para avisarle que ponía a su disposición El Matajey y, como pretexto, le afirmó que debía hacerse cargo de una hacienda por los lagos de San Francisco del Yare. Le dio a entender que deshacía el trato porque no le había hablado con la debida franqueza. Días después

los Gómez abandonaban El Matajey, con sus tres hijas y Pedro Miguel. (54-56)

Diez años después de la muerte de Ana Julia, regresa a la Casa Grande el Licenciado Cecilio Céspedes con motivo de la muerte de su hermana Amelia. El latinista amaba en secreto a la difunta Alcorta, después de cerrarle los ojos y darle un postrer beso de adiós en la frente, abandonó Casa Grande y emprendió un viaje para recorrer a pie todos los caminos del país. (56-57)

El Licenciado Céspedes, por motivos afectivos y justicieros, entregó en donación sus tierras de El Altozano a Pedro Miguel, hijo de la mujer amada, de común acuerdo con su sobrino Cecilio Alcorta Céspedes. (67) Y no sólo eso, quería hacerse cargo de su educación y su porvenir. (68) Su benefactor e instructor comenzó con la lectura de *La Iliada*. (72) Cuando el discípulo cumplió los quince años le ordenó que se adueñara de su biblioteca y escogiera a su gusto y le dio su última lección:

Se avecinan tiempos difíciles para nuestra patria y particularmente para las familias que, como los Alcorta y los Céspedes, empezaron a perder su preponderancia social y política con la guerra de independencia... que destruyó algo que no era realmente nuestro... La Colonia, con su espíritu de orden... no la produjo este suelo... Era un jardín de plantas exóticas, muy apacible, muy señorial... pero postizo y por tanto precario. En cambio lo que esa guerra puso en pie es lo genuinamente nuestro: la democracia del campamento, el mantuano junto con el descamisado comiendo del mismo tasajo, el señorito Bolívar, codo a codo con el Negro Primero. (75)

Cuando Pedro Miguel contaba 14 años, el mismo día que Cecilio Alcorta salió para Caracas a continuar sus estudios (79), recibió una afrenta oprobiosa en La Fundación. Se encontraba allí, porque era aficionado al trabajo y cuando en El Matajey no había que hacer arribaba el hombro a los esclavos de La Fundación. (81) Al momento que se encontraba rastrillando cacao, justo a la sombra de un guamo, sorprendido observó que se le acercaba Luisana Alcorta, quien ya sabía que aquél era su primo. Ella, para entablar plática, se dirigió a Pedro Miguel por su apodo. “—Cachorro, túmbame unas guamas.” Pero en respuesta repuso con aspereza “—Ahora no puedo. ¿No me ve ocupado? Además yo tengo mi nombre, como usted el suyo.” “—¡Altanero! —protestó Luisana... sin indignación—. ¿Cómo te atreves a contestarme así?” En eso llegó el militar Antonio Céspedes, novio de ella, fusta en mano. Fue brutal el castigo. Pedro Miguel sostuvo bravamente la mirada de su agresor y abandonó el patio con la mejilla herida. Luisana riñó al novio y fue en busca del mulato, internado en los cacaotales, para curarlo, a lo que se negó en un principio para después ceder ante la insistencia de ella. (82-86)

Ya de camino rumbo a Caracas, los primeros comentaban sobre el suceso. Cecilio repuso al militar que no estaba de acuerdo con el escarmiento dado a Pedro Miguel y que éste “no era el fruto vulgar de unos apetitos ciegos en ocasión propicia, ni solo del trastorno de un alma pura, sino la criatura dramática de un plan que tenía que cumplirse, de una Idea que buscaba su Forma” (86-87).

Otro mentor del aludido era el cura Rosendo Mediavilla, quien le inculcaba ideas liberales y ponía en sus manos periódicos de oposición a las ideas de los *godos* (los conservadores) como *El Sin Camisa*, *El Trabuco*, *El Rebenque* y *La Avispa*, que El Cachorro leía a los esclavos de La Fundación (94-96). Dicha situación no tardó en remover los rencores de los esclavos y concluyó predicando: “—Hay que echarse al monte contra el mantuano, con la guerra por delante... su ya numeroso auditorio lo aclamaba” (103).

En la casa de Caracas, Luisana supo que Pedro Miguel estuvo a punto de levantar a los esclavos de las haciendas cercanas a La Fundación, pero su tutor, José Trinidad, se enteró a tiempo y lo mandó a San Francisco a la casa de una hermana suya. (118)

Cuatro años después, se reencuentran los dos ilustrados Cecilios. El viejo andariego con el joven, justamente cuando éste había sido designado secretario de una misión diplomática ante la corte de Inglaterra, alta encomienda que no pudo cumplir porque se vio aquejado por una terrible enfermedad que truncó su carrera. Esta desgracia sería aprovechada por Luisana para deshacer su añeja promesa de matrimonio con el capitán Antonio Céspedes, ya que se dedicaría a cuidar de su hermano, enfermo de lepra. (119 y 137)

Transcurría el año de 1847. Era inminente que había fracasado “la tentativa del civilismo, predominó la tendencia caudillista del General Páez y subía al poder el General Monagas, perdiendo así la jornada electoral tanto los oligarcas como los liberales” (124). Fermín Alcorta se presenta en la casa

parroquial para reprocharle al padre Mediavilla: “¡Han fusilado al congreso! Se acabaron las libertades políticas, se hundió para siempre este pobre país”. (124)

El día de la Santa Cruz, cuando volvieron Luisana y su hermano Cecilio a La Fundación, donde éste pasaría los restantes diez años de su vida, se celebraban las fiestas de mayo. Plantadas las cruces de palo en los patios de las haciendas se llevaban a cabo concursos de décimas y cantos de fulías. Competían La Fundación de Arriba, representada por Coromoto el joven, hijo de Roso el tamboreiro, quien se mediría contra el viejo Pitirri de La Fundación de Abajo. (145) Nos ilustra el autor con el siguiente comentario:

Desde el antiguo romance castellano viene la candorosa décima criolla, pero surge como espontánea de la música popular y sorprende que la rústica encarnación, plagada de galimatías, reproduzca todavía la forma original. (146)

Frente al portalón de la hacienda se instalaron tres bancas: una para los cantadores de fulías, otra para los músicos y otra más para las negras. Destacaban “dos viejos sillones frailunos, de respaldares de cordobán estampados con las águilas de Carlos V, sentados desde ahí Cecilio y Luisana presenciaban la función” (148). Entre el público contemplaba taciturno Pedro Miguel, quien venía de San Francisco del Yare para asistir a la boda de la morocha, su hermana de crianza. (148-149)

Esa velada trajo consecuencias en los sentimientos de Pedro Miguel: no sabía que le pasaba y no quería aceptar la atracción

que sentía por Luisana. (166) El joven Cecilio le revela su plan a su padre Fermín.

[Aunque] “los esclavos de su casa disfrutaban de unas condiciones de vida más tolerables... gracias a la influencia de las leyes... aún carecían de... una forma de existencia realmente humana... había que darles... tierras en medianería para comenzar, a fin de crearles, junto con el hábito de trabajo responsable, una fuente economía individual. (167)

Los negros—según el joven de ideas avanzadas— debían ser incorporados al “alma nacional”, puesto que había mucho que agradecer al negro:

Ellos nos cultivan la tierra y nos explotan la mina; ellos nos sazonan la comida, nos dan la leche de sus pechos, cuando a los de nuestra madre les falta, nos sirven y nos cuidan amorosamente, y de niños nos duermen con el cuento ingenuo, por donde empieza la formación de nuestra alma. (168)

Cecilio y Luisana decidieron impartir educación a sus esclavos, enseñando lo necesario para convertirlos “en seres humanos, propiamente” (169). No fue fácil la tarea, ya que Pedro Miguel obstaculizaba sus propósitos. Cecilio lo mandó llamar para pedirle una explicación de porqué había dicho a los negros que con la medianería se estaba eludiendo la obligación de mantenerlos. (171) Durante la plática, Cecilio le confesó a Pedro Miguel sobre su origen, le dijo que era hijo de Ana Julia Alcorta y de Negro Malo y que tenía derecho a recibir su herencia.

(174) Pedro Miguel le contestó que si no lo volvía a ver sería el resultado del mal que le causó la revelación, luego abandonó la casa de sus padres adoptivos. (176)

En un momento en que Cecilio escribía en su despacho, llegó su padre indignado con la noticia del decreto de la abolición de la esclavitud firmado por José Gregorio Monagas: “—No es una conquista del liberalismo, sino un robo a mansalva que nos han hecho” (178). Quedaron sin brazos las haciendas...

Pronto sin embargo enmudecieron los tambores [de la abolición]. Al volver de su aturdimiento a la dura realidad, los negros se habían encontrado con el hambre y la desnudez y la noche sin techo y el desamparo absoluto, porque el decreto famoso solo había dicho: —¡Eres libre! (180-181)

Propietarios intransigentes no quisieron aceptar al jornalero libre que había sido su esclavo. Comenzó:

la romería de la mendicidad y hubo cunetas de caminos donde aparecieron negros muertos de hambre, mientras los más animosos andaban alzados por los montes, viviendo del merodeo y la rapiña (181).

A su regreso a Casa Grande, don Cecilio Céspedes urdió un plan, que dará paso al desenlace de la novela. Hizo saber a Pedro Miguel —por medio de José Trinidad Gomáraz— que el joven Cecilio por su delicada salud no podría hacerse cargo de la hacienda y podía irse a la ruina. Pedro Miguel se presen-

ta ante el leproso para ponerse a sus órdenes, no para reclamarle las tierras, sino para servirle como su fiel mayordomo. (192-193)

No todos los negros volvieron al trabajo después de la abolición de la esclavitud [1854]:

...rotos los diques que contenían la libre y genuina manifestación de sangre negra —Africa yuxtapuesta a América— no incorporada a la vida espiritual de la Colonia, que se prolongaba en la naciente República... unos se dedicaron al merodeo... otros los de edad madura... se internaron en los montes... dando origen a la legión de los brujos, adivinos y ensalmadores que pronto se hicieron famosos por todas partes. (202)

Uno de los brujos más famosos fue el viejo negro Tapipa, quien siendo visitado por el Licenciado Cecilio, le auguró, luego de escuchar “el piélagos proceloso de la república... que la guerra viene resonando...” Días después Tapipa fue visitado por el negro Roso Coromoto pues no hallaban el modo de “componer a Pedro Miguel con una muchacha de buena proporción”, que se prendió de él. Se hallaba presente de nueva cuenta el Licenciado, a quien explicó “que el mozo tiene contras para todas las composiciones” y que incluso cortó la de las tres raíces y las siete yerbas. “Que no manca”. Cecilio el viejo pensaba: “...no hay sobre la tierra criatura más inocente que un negro brujo”. (202-203)

Camino a la Casa Grande, el Lic. Céspedes se encontró en un caserío una manifestación del delirio colectivo o pánico,

hombres y mujeres habían asesinado a machetazos a un amigo suyo, por parecerles que era un brujo “echando un daño”, lo sorprendieron cuando enterraba una mezcla de jabón, vela de sebo y sal. (204-205) Luego comprobó que Pedro Miguel, al despertar, encontraba las alpargatas en un lugar distinto de donde las había dejado, y que por ello llegó a amenazar a sus peones que él no consentiría brujos. Sin embargo, de todo ello supuso que Pedro Miguel estaba enamorado de Luisana.

En un momento de un día de campo que el licenciado Céspedes compartió con su sobrina Luisana, ésta le dijo que ya no la tratará como una niña, que ya estaba por cumplir 30 años. (215) Luego de observar su rostro, llegó a la conclusión de que ésta “era La Blanca reaparecida... Era, en espíritu puro, la paz y el colmo de la ternura a que aspiró la carne atormentada de Ana Julia Alcorta, que en ella se prolongaba ahora...” (216). Y se las iba arreglar a su manera para componer a esta pareja, ya que así podría cuidar de los intereses de su sobrina, luego de la anunciada muerte de Cecilio el joven.

Cuando Luisana, la consejera de la familia, “vivía su momento sentimental” llega a la Casa Grande la noticia de la caída del gobierno del general Monagas, derrocado por una coalición de liberales y conservadores. Tío Cecilio, frente a sus sobrinos, trazó en una pared con carbón cuatro cifras: “—Mil ochocientos cincuenta y ocho. ¡Año del Gran Sembrador! ¡Empieza la gran cosecha de nuestro señor el desorden!” (221-222)

En el día de Corpus Christi, en el patio del templo, al son de los tambores que

acompañaban la danza de los *agazapamientos*, el padre Mediavilla, Juan Coromoto y un mulato extraño mal encarado tratan de convencer a Pedro Miguel de que los negros rebeldes necesitaban de un jefe que los guíe: “¡La regla no manca! Donde hay buen jefe hay buen soldao”... “Tienes pueblo”... “El hombre de las circunstancias.” (245, 249)

Poco después, se aparece en La Fundación el extraño mencionado —era el temible *Mapanare*— para invitarlo a que se uniera él y su gente a “la fiesta”, es decir, a la guerra por parte de los federalistas. Pedro Miguel rechaza su insinuación, a pesar de que le dijo que se lo había recomendado el padre Mediavilla y porque pensaba que él era amigo de los “camisa de mochila”. No obstante, *El Mapanare* sembró la inquietud en Pedro Miguel. (251, 255)

En las peligrosas circunstancias de “monotoneras ya en armas y soldadesca por doquier”, La Blanca, como llamaban a Luisana, se dirigió con decisión a la iglesia para pedir de propia voluntad un favor al padre Mediavilla, ni más ni menos que un grado militar para Pedro Miguel. El padre, que sospechaba un romance, le entregó un grado de capitán, “firmado por el propio general Juan Crisóstomo Falcón, jefe del Movimiento Federalista Nacional”. (275, 281)

No hubo necesidad que le entregara el nombramiento. A Pedro Miguel, un hecho le recordó una vieja afrenta, un pelotón al mando del comandante Antonio Céspedes se instaló en La Fundación. (283) Al encontrarse con Luisana, a quien ya estaba seguro de que amaba, le comunicó que iba a entregarle cuentas a su hermano Cecilio y que se

marchaba. Rechazó el nombramiento, seguro de que ella lo había hecho por su cuenta y le pidió que entregara los documentos a su hermano. Pedro Miguel se alzó esa noche con toda la peonada. (290)

Ya estaba en pie de guerra la Venezuela cuartel... sería el duelo de la muerte entre la barbarie genuina en que continuaba sumida la masa popular, con sus hambres, sus rencores y sus ambiciones, y la civilización de trasplante –códigos y constituciones aparentemente admirables– en que venía amparando sus intereses la clase dominante. (293)

“La Federación es el monte contra la ciudad”, se pasaba cuchillo a todo el “mantuanaje”. Boves, quien fuera el terror de los insurgentes de 1812 a 1814, había vuelto. (294-295) El osado Pedro Miguel se convierte en el gran guerrillero legendario de Las Mayas con el nombre de Pedro Miguel Candelas. “Todas las haciendas de Barlovento y de los valles del Tuy iban convirtiéndose en pasto de las llamas”. (315-316) Pedro Miguel no practicaba el pillaje, por el contrario, lo tenía prohibido y tampoco concedía importancia a la disciplina militar. (320, 323)

Pedro Miguel ya se había encontrado a sí mismo en la Guerra, como se lo aseguró Luisana: era el “arrebato de todo un pueblo, que se está arrojando en brazos de la muerte, por no encontrar el camino de su vida” (328). No tardó en llegar la oportunidad de que las tropas de Pedro Miguel se enfrentaran con las fuerzas del Comandante Céspedes. Tuvo que buscar refuerzos incluso allí donde no deseaba hacerlo, unirse a partidas como las del bandido *El Ma-*

panare para pactar finalmente con éste. (329) Cuando Pedro Miguel se encuentra con el más nefasto de los bandidos, se entera de que llevaba consigo un niño de trece años que había sido secuestrada, a quien rescata; se entera también que el cura Mediavilla era capellán de bandidos, que se encontraba afectado de sus facultades mentales y que el padre de su aliado fue “un negro alzado que no cargaba amuleto”. (342) “Por fin iba a medirse el guerrillero improvisado con el militar de escuela, por otra parte, Pedro Miguel con el mantuano que un día le cruzó la cara con su fusta”. Pedro Miguel tuvo la oportunidad de rendir a su enemigo, de quien pensaba que era además su rival de amores, pero su ofuscamiento personal de enfrentarlo cara a cara, frustró una operación bien concebida y, de ese modo, hizo fracasar a sus hombres. (352)

La reducida tropa desmoralizada murmuraba de Pedro Miguel, que no se había lanzado a la guerra (que ya llevaba cuatro años) por amor al pueblo, sino para ahogar en sangre el amor de Luisana Alcorta. El jefe se había convertido en un bandolero más, como *El Mapanare*. (360-361) Cuando se halla cerca de La Fundación de los Alcora, que no había sufrido daño por parte del fuego bélico, se entera de la muerte de Cecilio y no vacila en encaminarse hacia allá para asistir al funeral. En ese momento, tiene un altercado con *El Mapanare* (365) y con su fiel Juan Coromoto, quien le reprocha su desinterés por los ideales que los llevaron a levantarse. Enardecido, le dice que se vaya, antes de que reciba cuatro tiros por la espalda, como corresponde a un desertor, y con la espada desenvainada, se dirige

en busca de Luisana; guarda su espada cuando distingue al Cecilio el viejo en el corredor, quien ya lo espera para compartir juntos el duelo por el joven amo. (367)

De pronto, se escuchan disparos, cuando sale ve caer muerto a Coromoto; víctima del fuego cruzado entre los hombres de *El Mapanare* y una avanzada de las tropas con que volvía el comandante Céspedes. Pedro Miguel, también es alcanzado por el fuego. (368) Dos de su hombres que se mantuvieron fieles ayudaron al licenciado Cecilio a recoger a Pedro Miguel para que Luisana le brindara los primeros auxilios.

En seguida, enterraron al joven Cecilio en el prado favorito, donde el Licenciado le pidió a Pedro Miguel que lo sepultase. Posteriormente, emprendieron la fuga, ya que *El Mapanare*, vencedor del sitio, los perseguía con las peores intenciones. Dos negros fieles conducían en hamacas a Pedro Miguel, y a Cecilio el viejo y a Luisana a pie. Los hombres de su perseguidor, que se habían adueñado de todo Barlovento, no le dieron tregua por varios días. (369)

En el rancho de un pescador, donde convalecía Pedro Miguel en espera de un falucho que los sacaría de la costa rumbo a la isla de Margarita, no se apartaba de su mente Juan Coromoto...” el pobre negro, que es todo un pueblo abandonado por él de espaldas al golpe artero... recitaba décimas en los velorios de cruz y entonces parecía un negro feliz...” (370-371).

Hacia la isla de Margarita habían emigrado ya casi todos los mantuanos y ésta era la salida que buscaba el licenciado Céspedes. Cuando iban a abordar el falucho, Pedro Miguel les dijo: “Las gracias no les doy, porque

con palabras no se pagan obras”... “La vida que salvó Luisana a ella le pertenece”. La pareja ya estaba a bordo del barco, cuando el tío Cecilio pidió al pescador que lo regresara con él en su cayuco, quiso regresar al prado, donde reposaban los restos de su sobrino. Había cumplido su misión protectora. (374)

Sobre el mar infinito y bajo el viento libre... de nada era criatura [Luisana] sino de su propia voluntad de encararse con la vida... No la mujerona desviada hacia los caminos del hombre... sino la mujer auténtica, con femenil espíritu aventurero... nunca se había sentido tan enamorada como ahora del hombre que la acompañaba... Era la *capitana*, pero de su amor, por fin sin mezcla de sacrificio.

Consideraciones finales

Rómulo Gallegos en ningún momento adopta una actitud de superioridad hacia los negros y sus creencias religiosas; toma con seriedad sus ritos y supersticiones. Existe empatía con sus ancestros y, en esta obra, tiene consideraciones con ellos. Prevalece en el autor un sentimiento de identificación, pero –al mismo tiempo– de respeto a la diversidad cultural.

Con esta obra, Gallegos no solamente otorga relevancia al tema de la negritud de Venezuela, sino que resalta la injusta situación de marginalidad en la que habían vivido. No cae en anacronismos, entiende bien el marco histórico de las pautas culturales de la época, sobre la cual hace una magnífica representación, digna de ser considerada por el historiador más exigente. El autor enfatiza un mestizaje incluyente para forjar

la nacionalidad, donde la raíz negra es preponderante, como ya vimos. Gallegos resalta la importancia de la población negra en la formación nacional de su país. El pobre, no sólo es el negro, también lo es el país, formado sustancialmente de negros y mulatos.

Con la consumación del amor de Pedro Miguel y Luisana en 1862, cierra esta historia el escritor, pero la Guerra Civil parecía no tener fin. El suelo venezolano se tiñó de sangre, y de mucha sangre negra, durante una década sangrienta (1858-1868). Por eso, salva un amor promisorio, que no podría vivir en tiempos de guerra fratricida.

Las uniones en que se funden dos razas encontradas son propiciadas por el amor sublime, y este ocurre por su magia, de manera más providencial que por obra de las circunstancias, entre Negro Malo y Ana Julia Alcorta, y del mulato Pedro Miguel con la criolla Luisana, parejas de dos generaciones que representan el proceso necesario del mestizaje venezolano.

Gallegos festeja esos momentos de la fiesta ritual que celebran los negros en diferentes fechas marcadas por el santoral católico, momentos de catarsis, válvula de presión y de éxtasis de los esclavos que se funden como grupo y que, por lo mismo, renuevan sus vínculos identitarios. Son esos instantes que rompen la cotidianidad del esclavo y de las largas jornadas del trabajo rutinario en las minas, los cañaverales y las plantaciones de cacao. Son esas ansiadas noches de fiesta que dan al esclavo la apariencia de “un negro feliz”.

Bibliografía

- Babini, José., *El saber en la historia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971. (Colección Biblioteca Fundamental del hombre moderno, núm. 26)
- Becker, Ernest, *La lucha contra el mal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Berger, Peter I., “Religión y construcción del mundo”, en: Vendrell Ferré, Joan. (Compilador), *Teoría social e historia. La perspectiva de la antropología social*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2005. pp. 107-136.
- Bernal, John D., *La ciencia en la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Editorial Nueva Imagen, 1986.
- Brodsky, Joseph, *Del dolor y la razón*, Madrid, Ediciones Siruela, 2015.
- Canudas Sandoval, Enrique G., “Historia y Literatura: faro de sabiduría”, en *De rebus gestis. Revista de Humanidades y Ciencia*, Año 1-Número 1, México, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, enero-junio de 2017, pp. 86-152.
- Collins, Randall, *Cadenas de rituales de iniciación*, Barcelona, Anthropos-Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco-Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- Fernández de Alba, Luz, “Prólogo a *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos”, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2014.
- Freyre, Gilberto, *Casa-Grande y Senzala*, Buenos Aires, Emecé Editores, tomo 1, 1945. (Colección Grandes ensayistas, 3).
- Gallegos, Rómulo, *Pobre negro*, México, Editorial Aguilar, 1976. (Colección Crisol Literario, 37).

———, *Doña Bárbara*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2014.

García de León, Antonio, *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a So-tavento. 1519-1821*, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Veracruzana, 2011.

Geertz, Clifford, *El impacto del concepto de cultura en el concepto de hombre*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2005, pp. 61-105.

Glukman, Max, "La lógica de la ciencia y la brujería africanas", en *Ciencia y brujería*, Barcelona, 1978. Disponible en: <www.ciesas.edu

mx/publicaciones/clasicos/articulos/max_gluckman.pdf> [fecha de consulta: 15/04/2016].

Grass, Günter, *Ensayos sobre Literatura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014. (Colección Breviarios, 515)

Manguel, Alberto, *La ciudad de las palabras*, México, Editorial Almadía, 2010.

Musacchio, Humberto, *Diccionario enciclopédico de México*, México, Andrés León Editor, 4 volúmenes, 1990.

Uslar Pietri, Arturo, *et al., Testimonio de la época emancipadora*, Caracas, Academia Nacional de Historia, 1961.



Foto del encuentro de Rómulo Gallegos y William Faulkner, correspondiente al año de 1961, un año antes del fallecimiento del nobel norteamericano.

www.12-rc3b3romulogallegos-faulkner